



CENTRO DE  
**POLÍTICAS  
PÚBLICAS UC**

TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

# Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructura familiar y bienestar

SOLEDAD HERRERA / VIVIANA SALINAS / EDUARDO VALENZUELA  
Instituto de Sociología



# Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructura familiar y bienestar<sup>1</sup>

SOLEDAD HERRERA / VIVIANA SALINAS / EDUARDO VALENZUELA

Instituto de Sociología

## Introducción

Una literatura muy amplia reconoce la importancia de la familia y de algunos aspectos de ella, en la producción del bienestar económico y psicosocial. La diferencia entre pobres y no pobres depende típicamente de factores como la edad, la educación alcanzada y la disponibilidad de empleo, pero también ciertos aspectos de la estructura familiar deben ser tomados en cuenta. Algunas investigaciones muestran que los cambios recientes en la estructura familiar han contribuido a aumentar la pobreza (Cancian & Reed, 2009), e incluso que la pobreza —al menos en contextos de alto desarrollo donde la escolaridad y el empleo femenino han hecho progresos definitivos— se explica cada vez más por determinantes relacionados con la familia (Novak, 1987). La ausencia o la inestabilidad del matrimonio y el crecimiento de hogares sin una pareja estable, especialmente de aquellos encabezados por mujeres solas, ha sido el cambio que más ha llamado la atención. El dato que ha encendido esta alarma es el crecimiento acelerado de los hogares con madres solas con hijos y la evidente posición de desventaja en que quedan estos hogares respecto de aquellos que contienen una pareja estable.

En este estudio se analizará la relación entre estructura familiar y bienestar de las familias chilenas en diversos ámbitos y a partir de distintas fuentes de datos. En primer lugar, se analizará la vinculación entre la situación

conyugal de los jefes de núcleos familiares, la presencia de hijos y la especialización de funciones económicas respecto del nivel de ingresos de las familias, a partir de datos de la Encuesta CASEN 2009. En segundo lugar, también con datos de dicha encuesta, se examinará la asociación entre situación conyugal y presencia de hijos sobre el bienestar físico (o estado de salud) de los jefes de núcleos, bajo el supuesto que dicha condición de salud afecta el bienestar de todos los miembros de la familia a cargo. Un tercer aspecto del bienestar familiar en que se profundizará es el impacto de la estructura familiar en términos educacionales y en las posibilidades de conductas de riesgo de los menores. Se utilizarán datos de rendimiento escolar a partir del SIMCE 2009, y de propensión a la deserción escolar y uso abusivo de alcohol y drogas a partir de datos de la Encuesta CONACE 2001-2009. La importancia de este tercer punto radica en que se ha comprobado que las condiciones de socialización y de escolaridad predicen el bienestar futuro de las subsiguientes generaciones.

## Antecedentes

### Matrimonio y bienestar económico

La investigación acerca de la relación entre diferentes tipos de estructuras familiares y el bienestar de sus miembros, tanto adultos como niños, apuntan a una cierta gradiente de bienestar. Las familias en que la pareja

<sup>1</sup> Estudio financiado por Larraín Vial. Trabajo presentado en el seminario “Familia y Políticas Públicas” organizado por el Centro de Políticas Públicas UC, el 17 de mayo de 2010 y comentado por Osvaldo Larrañaga, Rosita Cahmi y Eugenio Tironi.

está casada ofrecen mayores opciones de bienestar a sus miembros que aquellas que se constituyen en torno a la convivencia o las familias uniparentales (por lo general madres solteras) (Bianchi & Casper, 2000). Estas diferencias se pueden explicar por causalidad o selectividad (McLeod & Kaiser, 2004; Smock & Gupta, 2002). En el primer caso, se presume que algo hay en la experiencia del matrimonio que contribuye al bienestar de adultos y niños, que no está presente en otros arreglos familiares como la convivencia (causalidad), asociándose, por ejemplo, el matrimonio a mayor productividad laboral (Qian *et al.*, 2005). En el segundo, se observa que quienes se casan tienden a alcanzar un mayor logro educativo, mayor ingreso y mejor salud mental que quienes no se casan, lo que indica que el matrimonio es selectivo; es decir, son esas características, y no el estado civil las responsables del bienestar, de manera tal que quienes se casan habrían tenido un bienestar más alto aún si hubieran permanecido solteros (Liaw & Brooksgunn, 1994; Lichter *et al.*, 2006; Liefbroer & Dourleijn, 2006; Manning, 2002; Manning & Brown, 2006; Osborne, 2005; Smock & Gupta, 2002).

Desde el punto de vista económico, la importancia básica del matrimonio consiste en que aumenta la probabilidad de constituir hogares con doble ingreso. La combinación de ingresos produce economías de escala (los gastos de vivienda por ejemplo), lo que permite disponer de presupuestos más holgados y abiertos. Se ha estimado –para Estados Unidos– que un hogar con hombre y mujer que trabajan jornada completa todo el año por el salario mínimo, con dos niños a su cargo, queda definitivamente fuera de la línea de la pobreza. Esta explicación funciona mejor en contextos en que la mujer participa crecientemente del mercado de trabajo y lo hace por más horas. Incluso en escenarios en que la mujer no trabaja o lo hace por pocas horas en el momento en que nacen los hijos, hay evidencia que el matrimonio reduce la pobreza femenina (Crane *et al.*, 2008). Según cálculos realizados con datos norteamericanos, el matrimonio podría sacar de la pobreza a alrededor del 65% de las madres solas que no trabajan al momento de concebir a su primer hijo y al 70% de las madres que trabajan a tiempo parcial.

El matrimonio es beneficioso para la economía de los hogares, incluso cuando el hombre es el sostenedor económico y la mujer dueña de casa. Este tipo de arreglo también es virtuoso en términos de bienestar, sobre todo porque permite contar con servicios de apoyo doméstico no pagados, pero también porque aumenta la

capacidad de trabajo y de obtener ingresos de quien trabaja (generalmente el hombre que cuenta con ventajas salariales) permitiendo hacer horas extraordinarias, por ejemplo. Otra de las ventajas que usualmente se mencionan en los hogares con parejas casadas son las mayores oportunidades de contar con soporte familiar (donaciones, atención y contactos). El matrimonio produce redes sociales de apoyo más robustas y largas que se vuelven muchas veces indispensables para sortear momentos de penuria y crisis económica (Amato & Maynard, 2007).

En principio la convivencia también combina dos fuentes de ingreso, aunque hay evidencia que la administración de las finanzas familiares es menos solidaria en familias de convivientes que de casados (Blumstein & Schwartz, 1983; Rindfuss & VandenHeuvel, 1990). El supuesto que los dos miembros de la pareja contribuyen con ingresos no necesariamente aplica en todos los arreglos familiares, pues en muchos casos el desempleo crónico es más frecuente entre quienes no están casados. Por otra parte, si los dos miembros de la pareja no contribuyen con recursos financieros, casarse podría agregar una carga al hogar más que aumentar los ingresos (Manning & Brown, 2006).

Los hogares uniparentales se encuentran en clara desventaja económica. La ausencia de una pareja estable puede deberse a la decisión de tener hijos fuera del matrimonio o a rupturas dentro de un matrimonio (o convivencia) preexistente. La maternidad extraconyugal es característica entre adolescentes y jóvenes, y en general, la precocidad materna está muy asociada con pobreza ya sea como causa o consecuencia, algo que se exagera cuando se produce fuera de los marcos de una pareja estable. Enfrentar anticipadamente la maternidad sin el apoyo de una pareja limita, por lo general, las oportunidades educacionales y laborales de estas mujeres (Sigler-Rushton & McLanahan, 2002). Existe la imagen que la maternidad extraconyugal se produce entre adolescentes que se han embarazado casualmente, al margen de una relación estable o con parejas que carecen de empleo, que presentan problemas de abuso de alcohol y drogas o que tienen antecedentes o pronóstico de abuso marital. Muchos estudios muestran, sin embargo, que la mayor parte de la maternidad extraconyugal se produce en parejas jóvenes que cohabitan (o que tienen un compromiso amoroso que desean mantener) y que el padre involucrado no se encuentra incapacitado laboralmente ni presenta trastornos conductuales de importancia (Crane *et al.*, 2008). La posibilidad de “casarse bien” (*healthy marriage*) está abierta para una proporción muy

amplia de madres que conciben su primer hijo fuera del matrimonio (75% según cálculos realizados con *Fragile Families and Child Wellbeing Study* de las Universidades de Princeton y Columbia). Pero aun cuando tener un hijo fuera del matrimonio aumenta las probabilidades de casarse con el padre de ese hijo, disminuye las probabilidades de casarse con cualquier otro hombre (Qian *et al.*, 2005).

El impacto del divorcio sobre el bienestar, por su parte, es bien conocido. El divorcio generalmente produce un colapso definitivo en la economía familiar, en los casos más comunes donde los hijos quedan bajo custodia y sostén de la madre, y el padre desaparece. También la llamada “familia postdivorcio” (Thompson & Amato, 1999) —aquella en la que ambos padres mantienen voluntariamente (y no compulsivamente) sus responsabilidades frente a los hijos— tiene consecuencias que perturban el bienestar del hogar, especialmente por la pérdida de las economías de escala, la desviación de ingresos hacia un segundo hogar y las dificultades en el compromiso paterno; aunque se ha mostrado que el divorcio empuja a muchas mujeres hacia el trabajo y acrecienta su participación laboral. En Estados Unidos, la investigación señala que los efectos económicos del divorcio son severos pero no necesariamente definitivos (Hanson *et al.*, 1998).

El aumento de los hogares encabezados por madres solas se ha relacionado con tres condiciones: las políticas públicas que favorecen las transferencias sociales hacia esta clase de hogares (*welfare effect*); la independencia económica de la mujer que bajo ciertas condiciones permite sostener sola a sus hijos (aunque la maternidad fuera del matrimonio puede estar incentivada por salarios muy bajos, cuando casarse no hace demasiada diferencia en el bienestar familiar); y la falta de hombres con atractivo matrimonial, especialmente con empleos estables de buen nivel (algo que explicaría la falta de matrimonio, pero no necesariamente la decisión de tener hijos como madre sola) (Castro-Martín *et al.*, 2008). En varios países existen programas de apoyo a familias pobres que son contingentes al estado civil del jefe de hogar, con lo cual a los más pobres no les convendría casarse porque pierden ayuda estatal (Moffitt *et al.*, 1998). Hay evaluaciones que señalan que las políticas sociales para hogares con bajos ingresos que utilizan como criterio de elegibilidad la jefatura femenina, tienden a desincentivar el matrimonio (Murray, 1984), pero el efecto sobre el declive de la tasa global de matrimonio se considera poco importante.

La participación creciente de la mujer en el trabajo, por su parte, (junto con la caída de la fecundidad) ha sido la principal tendencia que contrarresta la inestabilidad matrimonial y el aumento de la pobreza. El trabajo femenino es al mismo tiempo causa y consecuencia de inestabilidad conyugal, pero la formación de hogares con doble ingreso se ha transformado en la palanca principal para asegurar el bienestar de los hogares, especialmente en los niveles de más bajos ingresos.

### Matrimonio y bienestar emocional

La gradiente de bienestar económico que se observa en diferentes tipos de familia se reproduce también en ciertos aspectos del bienestar emocional, aunque la evidencia en este campo también presenta matices e inflexiones. En Estados Unidos, los casados muestran menor prevalencia de depresión que convivientes y solteros (Brown & Booth, 2004; Nock, 1995; Qian *et al.*, 2005; Skinner *et al.*, 2002). Algunos estudios revelan que la ventaja del matrimonio desaparece al controlar por otras variables como nivel socioeconómico y número de hijos, sin embargo, es más frecuente encontrar casos en que la ventaja disminuye, aunque no desaparece (Brown & Booth, 2004; Carlson *et al.*, 2004; Williams *et al.*, 2008). En Europa, hay evidencia en contrario, demostrándose que la salud mental de los casados no es necesariamente mejor que la de los convivientes. Un estudio finlandés, por ejemplo, comparó la salud mental de casados, convivientes, personas que viven con alguien que no es su pareja romántica y personas que viven solas, detectando que solo la de estos últimos dos grupos era significativamente peor (Joutsenniemi *et al.*, 2006). Otro estudio inglés comprobó que más que el matrimonio, lo que protege la salud mental de los individuos es una relación de pareja estable (Willems, 2006), algo que suele estar correlacionado con el matrimonio. También existe abundante evidencia que indica que tanto para hombres como para mujeres, mantenerse en un matrimonio insatisfactorio perjudica la salud mental y que ese estado es más insatisfactorio que salir de un matrimonio o no haberse casado nunca (Williams, 2003).

Los divorciados generalmente muestran peores indicadores de salud mental que los casados. Se ha argumentado que el divorcio expone a las personas a estresores que socavan su bienestar emocional, como una mayor carga en la crianza de los niños, disminución de los recursos económicos y un contacto a menudo conflictivo con el ex esposo/a. Hay elementos que sirven para contrarrestar estos factores, como el apoyo social, la edu-

cación, el ingreso, la presencia y edad de los hijos, o bien, el hecho de estar poniéndole fin a un matrimonio infeliz. La investigación ha mostrado que el divorcio es selectivo, es decir, que se produce con mayor frecuencia en personas más propensas a tener problemas emocionales como estrés o depresión. Es probable que no sea el divorcio lo que provoca una situación de malestar emocional, cuando se controla por estas características de origen, la asociación entre disolución del matrimonio y bienestar emocional disminuye, lo que sugiere, aunque no asegura, que esta relación se debe a la selección de personas con peor salud mental de origen en el divorcio (Williams & Dunne-Bryant, 2006).

Los casados muestran mejores indicadores de salud física que convivientes y solteros, en particular, los casados son más longevos que los no casados, aunque habitualmente se acepta que los efectos del estado civil difieren según sexo: el matrimonio beneficia más la salud física y mental de los hombres que la de las mujeres (Hemström, 1996; Lillard & Waite, 1995; Rogers, 1995).

### **Matrimonio y bienestar social**

La familia tiene asimismo una importancia crucial en la capacidad de brindar apoyo, sostén y protección a las personas que resultan clave en la producción de bienestar. El apoyo de las redes sociales cercanas, especialmente la familia, ayuda a sobrellevar situaciones críticas. Estas redes familiares ofrecen diferente ayuda instrumental como vivienda, apoyo en el cuidado de los niños, ayuda monetaria o en especies, que previenen la movilidad social descendente y ayudan a las madres de bajos ingresos, mejorando su logro educativo, facilitando su participación en la fuerza laboral y reduciendo su nivel de estrés (Bost *et al.*, 2002; Ciabattari, 2007; Hao, 1996; Harknett & Knab, 2007; Henly *et al.*, 2005). Entre los grupos más pobres, el apoyo no material es generalmente más importante que el material, dado que sus redes cercanas están formadas principalmente de personas con recursos económicos limitados (Henly *et al.*, 2005). Además del apoyo económico, el apoyo social promueve la salud física y mental (Jackson, 1998) y fomenta el desarrollo de sentimientos de competencia y eficiencia individual (Agoff *et al.*, 2007), lo que puede ser especialmente importante en hogares donde falta uno de los padres. Respecto a la salud física, el apoyo social puede tener un efecto directo en algunos procesos fisiológicos, o puede estimular cambios en las conductas individuales, beneficiando indirectamente la salud (Castro *et al.*, 1997)

Usualmente el apoyo familiar es más alto para los casados que para los convivientes o solteros (Amato & Maynard, 2007). El estado civil de los hijos adultos puede afectar la relación con sus padres de varias maneras; los convivientes pueden sentir que sus padres no apoyan el tipo de unión en el que viven y minimizar el contacto o establecer relaciones enrarecidas con sus padres, lo que disminuye el apoyo que puedan recibir de ellos. En Estados Unidos, se ha argumentado que, como la convivencia es un tipo de unión más inestable y menos institucionalizado que el matrimonio, los padres se sienten menos obligados a proporcionar ayuda a los hijos que deciden convivir (Eggebeen, 2005). También se ha mostrado que las madres solteras y convivientes generalmente tienen lazos menos sólidos con los parientes de sus parejas, por lo que es más probable que descansen más en el apoyo de redes de amigos (Hao, 1996) o de su propia familia.

Muchas de las ventajas del matrimonio tienen que ver con cambios en la disposición ética de las personas. Al casarse, pero todavía más al tener hijos, las personas agregan estructura y orden a su vida y dejan de pensar en sí mismos para empezar a preocuparse más de sus hijos (Surkyn & Lesthaeghe, 2004). Esto facilita la obtención de logros en varias dimensiones cruciales del bienestar, como la disposición hacia el trabajo, una mejor administración de las finanzas, o un aumento de su participación en la comunidad.

### **Familia y bienestar de segunda generación**

Las diferencias de bienestar según el estado civil de los padres se repite en los niños, en lo que concierne al bienestar económico, desarrollo cognitivo, emocional y conductual (Manning, 2002; Manning & Brown, 2006; McLanahan, 2004; Osborne, 2005; Qian *et al.*, 2005; Rasmussen & Brown, 2002). Una preocupación muy especial es la formación de pobreza crónica (*underclass*) como resultado de estas diferencias: se ha mostrado efectivamente que las desventajas de los niños que crecen en hogares con madres solas tienen consecuencias de largo plazo, pues la probabilidad de que esos niños construyan hogares que permanecen en la pobreza es mayor. Los padres siguen siendo la figura proveedora central de los hogares; hay mucha evidencia que cuando el padre no está presente, su responsabilidad económica hacia los hijos se resiente (Carlson *et al.*, 2004). También en estos casos existe menoscabo del logro educativo; por ejemplo, la probabilidad que los hijos de madres solteras terminen la enseñanza secundaria es menor que la de hijos de familias intactas,

aun controlando por ingresos (McLanahan & Percheski, 2008). Existen datos que indican que la ausencia prolongada del padre eleva la probabilidad de involucrarse en comportamientos de riesgo y produce trastornos de desarrollo, logro escolar y ajuste psicológico, sobre todo en hombres (la investigación muestra consistentemente que el impacto de la ausencia del padre en las niñas es menos dramático y duradero) (Cabrera *et al.*, 2000).

La importancia de la calidad de la relación parental resulta siempre más decisiva que la sola presencia del padre en el hogar. Generalmente la calidad de la relación paterna se mide bajo tres aspectos: disponibilidad (determinada en gran medida por la presencia del padre, pero no necesariamente), compromiso (capacidad del padre de interactuar y participar en actividades comunes) y responsabilidad (capacidad del padre de hacerse cargo del cuidado de los hijos, sobre todo en tareas muchas veces reservadas a la madre, como los cuidados de salud o la atención escolar). Lamb (1999) precisa que la responsabilidad —una medida muy cercana a involucramiento que se utiliza en los datos chilenos que se presentan más abajo— es el componente más importante de la relación parental. Los estudios han mostrado hasta la saciedad que el tiempo que se pasa con los niños y la co-residencialidad del padre no producen efectos positivos por sí mismos: padres que pasan menos tiempo con sus niños (como ocurre típicamente en los hogares de más altos ingresos) pueden tener mejores resultados que otros que pasan más tiempo. Datos norteamericanos de uso del tiempo muestran que el tiempo promedio que un niño de 0 a 5 años pasa con su padre en un hogar pobre es de 5,01 horas semanales (*engagement hours*, o tiempo de interacción directa), mientras que en un hogar no pobre ese promedio sube a 16,3 horas (aunque en hogares pobres aumenta el tiempo que se pasa con abuelos y otros familiares distintos de los padres, mientras que los resultados para la madre y hermanos son parejos). Una diferencia algo más ceñida se produce para niños entre 6 y 12 años, con diferencias que van de 5,2 horas en hogares pobres y 11,7 horas en hogares no pobres (Yeung, 2004). El menoscabo que se aprecia en padres no residentes casi siempre se debe a que estos padres tienden a perder contacto significativo con sus hijos, pero es probable que padres no residentes que se preocupan efectivamente de sus hijos tengan buenos resultados. El soporte financiero de un padre no residente es decisivo para evitar pobreza y penuria económica en los hogares, y siempre es un buen predictor de menor fracaso escolar y comportamiento desviado. Sobre el impacto del empleo materno existe bastante consenso acerca de sus

efectos positivos, salvo cuando la madre trabaja demasiado (*overworked*) o cuando dispone de empleos de mucha presión y que ofrecen baja satisfacción vital. Estudios longitudinales que analizan varias generaciones no encuentran diferencias significativas en los resultados que obtienen niños cuyas madres trabajaron y no trabajaron (Bengtson *et al.*, 2002; Amato & Booth, 1997).

El impacto del divorcio sobre el bienestar de los niños arroja conclusiones dispares. El rendimiento educativo de los niños disminuye después del divorcio, pero este efecto tiende a corregirse con el tiempo, así como también los problemas emocionales y conductuales (McLanahan & Percheski, 2008). El divorcio tiene consecuencias positivas cuando está precedido de mucho conflicto conyugal, pues la calidad de la relación marital impacta de manera muy decisiva en la socialización familiar: niños que provienen de hogares mal ajustados presentan desventajas en todos los ámbitos relevantes de integración y desempeño (Amato & Booth, 1997) y en estos casos el divorcio representa una oportunidad. El impacto del divorcio está relacionado con el menoscabo económico que sufren los hogares que pierden el sustento paterno (que nunca alcanza a compensarse con las prestaciones que se exigen en estos casos) y con las dificultades que se producen en las relaciones con el padre no residente, que en un buen número de casos tiende a declinar o definitivamente a desaparecer con el tiempo. Se calcula, sin embargo, que solamente un tercio de los divorcios se produce en el marco de un conflicto marital agudo y prolongado.

### El tamaño de las familias

La atención que ha ocupado la relación entre conyugalidad y bienestar es relativamente nueva, comparada con la discusión acerca de la fecundidad y el tamaño de las familias que fueron centrales en la primera generación de políticas contra la pobreza. Actualmente la caída en la tasa de fecundidad y la reducción del tamaño de los hogares es generalizada y atraviesa prácticamente todo el espectro social, de manera que este problema ha dejado la primera línea. En muchas partes, sin embargo, una proporción menor, pero significativa de los hogares, albergan familias numerosas (usualmente definidas como aquellas de cuatro o más hijos, aunque en algunos países se está considerando numerosa también la familia de tres hijos). La relación negativa entre número de hijos y bienestar ha sido probada ampliamente, subsistiendo todavía algunas dudas y problemas no resueltos en este ámbito. La tasa de pobreza en familias de gran tamaño

es siempre más alta cuando se la compara con familias pequeñas, algo que se repite por doquier sobre todo cuando las medidas de pobreza y bienestar se calculan mediante ingreso per cápita.

Más allá de la relación ingreso/número, las desventajas de la familia numerosa han sido documentadas en tres áreas principales: participación laboral de los miembros adultos del hogar, el logro educacional de los hijos y las posibilidades de generar reservas para enfrentar períodos de crisis (Orbetta, 2006). La familia numerosa limita severamente la participación laboral de los padres, especialmente de las madres, algo que ocurre principalmente en los hogares más pobres que carecen por completo de alternativas de cuidado y crianza. Se ha mostrado que la familia numerosa eleva también las horas de trabajo del padre (que se desvela por encontrar fuentes adicionales de ingreso), pero esto ocurre casi exclusivamente en los ambientes de mayor bienestar (Orbetta, *op.cit.*). Por esta razón, el tamaño coloca a las familias en una posición especial de riesgo de pobreza.

La evidencia sobre el impacto negativo del número de hermanos en el logro educacional es asimismo contundente (Downey, 1995)<sup>2</sup>, el tamaño de la familia es una variable tan robusta como el nivel educacional del padre en la predicción del logro académico, y se mantiene para varios resultados, en particular, puntajes en pruebas estandarizadas y probabilidad de terminar la enseñanza media. Se considera que en familias numerosas los padres pierden la capacidad de destinar ingreso, tiempo y atención a sus hijos que quedan de esta manera en una posición desventajada (según un modelo llamado “dilusión de recursos”, aunque no todos los recursos parentales se diluyen tan rápidamente a medida que la familia crece). Downey, ha mostrado que los recursos parentales que más se resienten con el tamaño son en orden de precedencia, la frecuencia con que los padres conversan con sus hijos, las expectativas de logro educacional, el ingreso destinado a la educación de los hijos y la disponibilidad de objetos educacionales (especialmente computador). Desde luego, el impacto educacional de la familia numerosa es mayor en hogares de bajos recursos, pero el número mantiene sus efectos también en hogares de mayor bienestar.

Una tercera desventaja de la familia numerosa está relacionada con las posibilidades de ahorro: casi todo el

presupuesto familiar se ocupa en gastos corrientes con pocas oportunidades de producir una reserva de ingreso para enfrentar los momentos difíciles.

Las desventajas de la familia numerosa aparecen como telón de fondo en la caída de la fecundidad que tiene una explicación instrumental bien conocida: el costo de tener hijos ha aumentado mucho, sea directamente por el incremento en los costos educacionales, o indirectamente por la valoración de la jornada femenina en el trabajo remunerado (bajo la hipótesis enteramente verosímil de que la crianza de los hijos es particularmente demandante de tiempo). También las políticas de control de la natalidad y el acceso a métodos de contracepción han jugado su papel en esto, pero en modo alguno el rol principal. La caída en la fecundidad se ha estabilizado en torno a dos hijos por mujer (y hasta el momento no tiende a cero como pudo pensarse alguna vez en Chile), a pesar de que el bienestar siempre se resiente incluso con pocos hijos. Se ha visto que las expectativas de bienestar –y en particular la aspiración de cruzar el umbral de la pobreza– intervienen en las decisiones de fertilidad, pero al parecer a partir del tercer hijo, no antes. Una parte importante de las decisiones de fertilidad sigue teniendo un alcance no instrumental, poco relacionado con cálculos de bienestar y movilidad socioeconómica, como el anhelo de reforzar la solidaridad conyugal (que es una de las razones que se esgrime para explicar el mayor número de hijos en parejas casadas) o de reforzar la estima social y seguridad de la mujer sobre todo cuando no existen medios alternativos para conseguirlo (que a su turno es una razón poderosa para explicar mayores niveles de fecundidad en mujeres pobres, incluso de maternidad adolescente). A pesar que la prevención respecto de familias de gran tamaño es una actitud generalizada, se siguen formando familias numerosas, sobre todo por la recomposición de matrimonios donde ambos cónyuges tienen hijos, que constituye actualmente la principal vía de agregación de hijos en el hogar.

## Familia y bienestar en Chile

### Familia, bienestar económico y pobreza

A continuación se analizan los datos obtenidos de la Encuesta CASEN 2009, para núcleos familiares<sup>3</sup> encabezados por jefes hombres y mujeres de entre 18 y 59 años (ambos incluidos). Debido a que interesa estudiar el efec-

2 Citando el estudio fundacional en este ámbito, Family Size and Achievement, Blake, 1989.

3 Si bien hablamos de “núcleos familiares”, algunos de estos núcleos pueden no estar conformando estrictamente una familia, por ejemplo, en el caso de personas solas, o amigos que viven juntos.

to de la estructura familiar sobre el bienestar familiar, se ha decidido restringir la muestra a este grupo etéreo donde es más probable que las personas vivan con sus hijos. Lamentablemente, la Encuesta CASEN no pregunta por el número de hijos que han tenido las personas, razón por la que sólo se pueden identificar los hijos con quienes viven los jefes de núcleo en el momento de la encuesta.

En el cuadro 1 se muestran las características principales de los núcleos familiares en cuanto a las variables familiares consideradas: los núcleos que no tienen hijos menores de 18 años alcanzan a un 38%, un 34% tiene un hijo, 20% dos, 7% tres y sólo un 2% cuatro o más hijos. Por otra parte, el 43% de los núcleos está encabezado por una pareja casada, un 18% por una pareja conviviente y un 38% por personas sin pareja, ya sea solteros, separados, anulados, divorciados o viudos. En un 15% de los núcleos ni el jefe ni su pareja trabajan, lo que puede indicar la presencia de núcleos allegados (por ejemplo, una madre joven sola con su hijo que vive con sus padres), mientras que en un 61% sólo trabaja uno de los miembros de la pareja (incluye jefes solos) y en alrededor de un cuarto de los núcleos ambos miembros de la pareja están trabajando. No se observan grandes diferencias en la distribución del trabajo (hombre sostenedor y/o ambos trabajan) según si la pareja está casada o conviviendo.

El cuadro 2 muestra asimismo las diferencias en las distribuciones de pobreza y bienestar que ofrecen distintas estructuras familiares según datos obtenidos por CASEN a nivel de núcleos familiares, considerando la suma de los ingresos autónomos (sin contar transferencias sociales). Se ordenaron los núcleos de menor a mayor ingreso total y se dividieron en cinco quintiles, analizando por separado la pertenencia al quintil más bajo de ingresos, que tiene una media de ingresos totales de \$65.074 pesos, con un mínimo de \$0 y un máximo de \$168.513; y al quintil más alto con una media de ingresos totales de \$1.414.727, con un mínimo de \$828.856 y un máximo de \$1.950.000<sup>4</sup>.

Las familias que albergan niños tienden a situarse en mayor proporción en la pobreza, especialmente cuando se tiene hijos de menor edad, lo que posiblemente se relaciona con la salida de la mujer de la fuerza laboral. El 26% de los núcleos familiares con niños menores de 6 años pertenece al quintil más bajo, en comparación con un 18% observado en los núcleos que no tienen hijos menores de 18 años.

Las diferencias más notables, sin embargo, se producen según el estado civil y situación laboral de los que encabezan los núcleos: cuando los núcleos son liderados

Cuadro 1 | Características de los núcleos familiares encabezados por jefes de 18 a 59 años (CASEN, 2009)

Características núcleos familiares		N	%
Número de hijos menores de 18 años	0	1.553.959	37,5%
	1	1.401.800	33,8%
	2	845.312	20,4%
	3	273.726	6,6%
	4 ó más	69.654	1,7%
Situación conyugal de la pareja de núcleo	Casados	1.799.039	43,4%
	Convivientes	757.992	18,3%
	Solteros, separados, viudos	1.587.266	38,3%
Situación laboral de la cabeza de núcleo	Ninguno trabaja	624.786	15,1%
	Sólo uno trabaja	2.519.394	60,8%
	Ambos trabajan	1.000.271	24,1%
TOTAL de núcleos encabezados por jefes entre 18 y 59 años en el país		4.144.451	100,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de Encuesta CASEN 2009. Datos expandidos.

Unidad de análisis: Total de núcleos familiares encabezados por jefes entre 18 y 59 años (incluidos).

<sup>4</sup> Se recortaron los ingresos mayores a este monto en \$1.950.000 para evitar la sobreestimación de promedios que producen los ingresos demasiado altos. Se utilizó el criterio de recortar ingresos sobre el 2,5% de la distribución total de ingresos de los núcleos.



por personas sin pareja, un 36% se encuentra en el quintil más pobre y sólo un 10% pertenece al quintil más alto. La presencia de pareja mejora notablemente esta situación, y al mismo tiempo las parejas casadas se encuentran en mejor condición económica que las convivientes. La proporción de parejas casadas en que ambos trabajan, que alcanzan el umbral de la pobreza es ínfima: solamente un 2% de los núcleos con pareja casada en que ambos trabajan figura en el quintil más bajo. Este arreglo familiar es también el mejor representado en el quintil de mayor ingreso, aunque en este caso existe una apreciable diferencia entre parejas casadas y convivientes (48% y 32%, respectivamente).

Los efectos de la presencia de niños se suman a los de la situación conyugal y laboral de los jefes de núcleo, de manera tal que cuando existen niños menores de 15 años en núcleos sin pareja, la probabilidad de perder bienestar se redobla: los dos factores que presionan más insistentemente en contra del bienestar –la ausencia de matrimonio y el tamaño de la familia– se mezclan en este caso. La sobre representación que tienen los núcleos monoparentales con niños en la pobreza es muy significativa, especialmente para las mujeres: casi la mitad de los núcleos encabezados por mujeres sin pareja y con hijos menores de 15 años pertenece al quintil más bajo de ingresos familiares, algo que ocurre también –aunque en menor medida– en el caso de los hombres solos con niños.

Cuadro 2 | Indicadores seleccionados sobre la relación entre familia, pobreza y bienestar (CASEN, 2009)

Características de los núcleos familiares	Promedio de ingresos totales (todos los quintiles)	Porcentaje de núcleos que pertenecen al Quintil 1	Porcentaje de núcleos que pertenecen al Quintil 5
Casados	700.086	7,9%	29,6%
Convivientes	524.149	14,3%	17,4%
Solteros, separados, viudos	358.347	36,4%	10,4%
Ninguno trabaja en la cabeza de núcleo	135.017	73,2%	2,3%
Sólo uno trabaja en la cabeza de núcleo	491.047	14,0%	15,4%
Ambos trabajan en la cabeza de núcleo	903.967	1,7%	42,8%
Casados uno trabaja	559.973	8,0%	19,2%
Casados ambos trabajan	959.628	1,5%	47,5%
Conviven uno trabaja	396.882	14,3%	8,9%
Convive ambos trabajan	775.159	2,3%	31,9%
El núcleo tiene 0 hijos menores de 18 años en el núcleo	583.860	17,9%	23,0%
Hay hijos menores de 6 años en el núcleo	462.503	26,4%	15,8%
Hay niños menores de 15 años en el núcleo	499.106	22,0%	17,7%
Hombres casados con niños menores de 15 años en el núcleo	676.633	7,6%	27,8%
Hombres convivientes con niños menores de 15 años en el núcleo	491.854	14,6%	15,5%
Hombres sin pareja con niños menores de 15 años en el núcleo	428.538	28,6%	14,1%
Mujeres casadas con niños menores de 15 años en el núcleo	643.397	10,6%	25,2%
Mujeres convivientes con niños menores de 15 años en el núcleo	506.291	12,6%	13,6%
Mujeres sin pareja con niños menores de 15 años en el núcleo	238.031	49,1%	4,6%
TOTAL núcleos encabezados por personas entre 18 y 59 años (incluidos)	537.034	20,0%	20,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de Encuesta CASEN 2009. Datos expandidos.  
 Unidad de análisis: Total de núcleos familiares encabezados por jefes entre 18 y 59 años (incluidos).  
 Se consideran todos los ingresos generados de manera autónoma por todos los integrantes del núcleo.

El bienestar de las familias está muy relacionado con el número de miembros que trabajan y la cantidad de hijos que alberga el hogar. Los dos grandes procesos que han cimentado la sociedad de bienestar han sido –como ya se ha dicho– la incorporación de la mujer en el trabajo y la reducción de la tasa de fecundidad. Hogares de menor tamaño con una pareja estable que trabaja constituyen el arreglo familiar más exitoso en términos de bienestar económico. Inversamente, la pobreza está muy asociada a hogares numerosos con madres solas que se hacen cargo de la economía familiar. Para examinar este modelo general de determinaciones del bienestar se ha utilizado información proveniente de la Encuesta CASEN (2009) que intenta corroborar el papel que juegan el tamaño

de las familias en término del número de hijos y la condición marital y laboral de la pareja dentro del hogar, en la probabilidad de pertenecer al quintil más alto de ingresos (bienestar), y en la probabilidad de pertenecer al quintil más bajo de ingresos (pobreza).

Los resultados se presentan en el cuadro 3, que incluye dos modelos de regresión logística. El primer modelo utiliza como variable dependiente la pertenencia al quinto quintil de ingresos autónomos, mientras que el segundo utiliza la pertenencia al primer quintil de ingresos autónomos. La muestra analítica está restringida a núcleos familiares encabezados por individuos de entre 18 y 59 años de edad. Ambos modelos se controlan por sexo, escolaridad y edad de los jefes de núcleo (diferenciada

Cuadro 3 | **Modelos de regresión logística para variables que predicen la pobreza y el bienestar de núcleos encabezados por jefes entre 18 y 59 años**

Variables	Modelo 1: Pertenecer al primer quintil de ingresos		Modelo 2: Pertenecer al quinto quintil de ingresos	
	B	e <sup>B</sup>	B	e <sup>B</sup>
<b>ESTADO CIVIL</b>				
Casado (variable de referencia)				
Convive	0,216***	1,241	-0,361***	0,697
Soltero, separado, viudo	0,590***	1,805	-0,320***	0,726
<b>SITUACIÓN LABORAL</b>				
Nadie trabaja	2,587***	13,285	-1,489***	0,226
Uno trabaja (variable de referencia)				
Dos trabajan	-1,703***	0,182	1,216***	3,375
<b>HIJOS MENORES DE 18</b>				
Sin hijos menores (variable de referencia)				
1 hijo menor	0,321***	1,378	-0,387***	0,679
2 hijos menores	0,444***	1,559	-0,606***	0,546
3 o más hijos menores	0,366***	1,442	-0,568***	0,567
<b>VARIABLES DE CONTROL</b>				
Edad jefe 18-25 años	0,553***	1,738	-0,562***	0,570
Edad jefe 26-40 años (variable de referencia)				
Edad jefe 41-59 años	-0,359***	0,699	0,379***	1,461
Mujer	0,346***	1,414	0,334***	1,396
Rural	0,535***	1,708	-0,294***	0,746
Escolaridad (años)	-0,152***	0,859	0,322***	1,380
Es núcleo secundario	0,901***	2,461	-1,324***	0,266
Constante	-1,739***	0,176	-4,730***	0,009

Fuente: Elaboración propia a partir de Encuesta CASEN 2009.

Unidad de análisis: Total de núcleos familiares encabezados por jefes entre 18 y 59 años (incuidos). Se consideran todos los ingresos generados de manera autónoma por todos los integrantes del núcleo.

e<sup>B</sup> = B exponentiado o razón de odds.

\*\*\*p < .001.

N muestra (no expandida) = 57.996.

en tres categorías: 18 a 25, 26 a 40 y de 41 a 59 años), la zona de residencia (rural o urbana) y si los núcleos son el principal del hogar o son un núcleo secundario o allegado. El cuadro incluye tanto los coeficientes de regresión (Beta, B) como su respectiva razón de *odds* o exponencial de Beta ( $e^B$ ).

Los modelos confirman algunos de los resultados esperados según la literatura especializada: a mayor escolaridad existe mayor bienestar económico; la residencia en zonas urbanas mejora las oportunidades de bienestar respecto de aquellos que viven en zonas rurales y los núcleos secundarios suelen tener menores ingresos. Los resultados por edad también resultan según lo esperado: los adultos tienen una menor *chance* (o razón de probabilidad) de pertenecer al quintil de ingresos más bajo que los adultos jóvenes e, inversamente, más posibilidades de pertenecer al quintil de mayores ingresos. Los núcleos con jefatura femenina tienen menor bienestar económico que los de jefatura masculina.

Respecto de las características de las familias, los dos modelos de regresión coinciden en que lo más importante para tener mayor bienestar económico es la existencia de una pareja en que ambos trabajen. Las *chances* de pertenecer al quintil más alto de ingresos son 3,37 veces más altas cuando las dos personas que encabezan el núcleo trabajan, en comparación a cuando trabaja sólo uno, aunque obviamente la peor situación de bienestar se presenta cuando ninguno trabaja.

La conyugalidad también aparece asociada al bienestar económico o la pobreza según los resultados del cuadro 3. La pareja conviviente tiene mayores probabilidades de situarse en el quintil más bajo de ingresos en comparación con la pareja casada, aún controlando por escolaridad y área de residencia (entre otras variables de control). A su vez, las parejas convivientes tienen menores probabilidades de pertenecer al quintil alto si se compara con las parejas casadas. Los jefes sin pareja se distancian aún más que las parejas convivientes respecto de las parejas casadas, teniendo más probabilidades de pertenecer al quintil más bajo de ingresos, aunque en este caso se constatan ciertas diferencias entre hombres solos y mujeres solas (dato no mostrado): las mujeres solas, especialmente cuando tienen hijos, se encuentran en una situación mucho más desaventajada que los hombres solos<sup>5</sup>.

Estos resultados muestran evidencia bastante convergente respecto de las bondades del matrimonio en la producción de bienestar económico y, de manera especial, en la probabilidad de dejar la pobreza. El matrimonio tiene una importancia específica que proviene seguramente de su capacidad de proporcionar estabilidad, seguridad y proyección a la actividad económica de las personas, algo que también producen los hijos, pero la eficacia del matrimonio se acelera cuando ambos cónyuges trabajan y aportan ingresos al hogar. Los hogares con una pareja perceptora de ingresos tienen una ventaja económica indiscutible.

Tal como lo demuestra la literatura los datos indican que el número de hijos afecta negativamente al bienestar económico de las familias. La presencia de hijos menores de edad aumenta las probabilidades de situarse en el quintil de ingresos más bajo y disminuye las de ubicarse en el quintil más alto, pues los hijos implican mayor presión a la economía familiar, especialmente a partir del segundo, lo que no niega que ellos puedan agregar una motivación importante (si no la más decisiva) para el desempeño laboral y refuerzan un sentido de responsabilidad personal.

### Familia y bienestar en salud

La estructura familiar chilena también se asocia con el bienestar en salud que tienen los jefes de núcleo y sus cónyuges (o parejas). Consistentemente con lo descrito en el apartado anterior, tanto la situación conyugal como laboral de los que encabezan los núcleos familiares, se relacionan con el bienestar actual de las familias chilenas, esta vez medido por autopercepción de salud según la Encuesta CASEN 2009. La asociación entre bienestar físico y número de hijos es algo diferente a la encontrada con bienestar económico.

En el cuadro 4 se exponen los resultados de regresión logística sobre autopercepción de salud como muy buena o buena en comparación con el resto de las respuestas<sup>6</sup>. En adelante nos referiremos simplemente a “buena salud”. Al igual que en el caso anterior, este modelo controla por edad (medida de manera continua como años cumplidos), zona de residencia, años de escolaridad, sexo y posición del núcleo en el hogar.

5 A nivel bivariado se encontró que los hombres solos sin hijos tienen más ingresos que las mujeres solas, pero aquí no se consideran las transferencias que puedan estar dando los hombres separados a hijos que vivan con sus ex mujeres.

6 La pregunta es la siguiente: *Ud. diría que en general su salud está: muy mal, mal, menos que regular, regular, más que regular, bien, muy bien.*

Cuadro 4 | Modelos de regresión logística para variables que predicen el bienestar en salud en los jefes de núcleo entre 18 y 59 años

	Variable dependiente: percepción de buena o muy buena salud	
	B	e <sup>B</sup>
<b>ESTADO CIVIL</b>		
Casado (variable de referencia)		
Convive	- 0,171***	0,843
Soltero, separado, viudo	0,022	1,023
<b>SITUACIÓN LABORAL</b>		
Nadie trabaja	-0,378***	0,685
Uno trabaja (variable de referencia)		
Dos trabajan	0,117***	1,124
<b>HIJOS MENORES DE 18</b>		
Sin hijos menores (variable de referencia)		
1 hijo menor	0,133***	1,142
2 hijos menores	0,170***	1,185
3 ó más hijos menores	0,112*	1,119
<b>VARIABLES DE CONTROL</b>		
Edad jefe 18-25 años	0,438***	1,549
Edad jefe 26-40 años (variable de referencia)		
Edad jefe 41-59 años	-0,578***	0,561
Mujer	-0,468***	0,626
Rural	0,064*	1,066
Escolaridad (años)	0,085***	1,089
Es núcleo secundario	0,444***	1,559
Constante	0,108	1,114

Fuente: Elaboración propia a partir de Encuesta CASEN 2009.

Unidad de análisis: Total de núcleos familiares encabezados por jefes entre 18 y 59 años (incluidos).

Se consideran todos los ingresos generados de manera autónoma por todos los integrantes del núcleo.

e<sup>B</sup> = B exponenciado o razón de odds.

\*p < .05. \*\*p < .01. \*\*\*p < .001.

N muestra (no expandida) = 57.772 jefes de núcleo.

Las variables de control en este modelo muestran resultados concordantes con la literatura en el estudio de la autopercepción de salud: las mujeres y los que tienen mayor edad reportan peor autopercepción de salud, mientras que la escolaridad y la residencia en zonas rurales se asocia con una mejor autopercepción de salud. Un resultado no esperado, es que los jefes de núcleos secundarios reportan mejor salud que los jefes de núcleos principales del hogar, lo que puede estar indicando que gran parte de los allegamientos de núcleo en hogares constituyen arreglos satisfactorios desde este punto de vista.

Se observan efectos significativos del estatuto marital y el tamaño de la familia —medido por la cantidad de hijos en los núcleos— sobre la autopercepción de salud. Los resultados vuelven a indicar que convivir se asocia con una peor autopercepción de salud en relación a estar casado, sin embargo, las diferencias entre los que no tienen pareja y los casados no es estadísticamente significativa. Cuando ambos miembros de la pareja trabajan también el jefe (o jefa) de núcleo reporta mayor bienestar físico que cuando sólo uno trabaja.

En el caso del bienestar físico, a diferencia del bienestar económico, tener hijos aparece positivamente relacionado con una mejor autopercepción de salud: tanto tener uno como tener dos hijos se asocia a una mayor probabilidad de declarar un buen estado de salud, en comparación a no tener ninguno. Sin embargo, cuando se tienen tres o más hijos ya no se observan diferencias estadísticamente significativas en relación a no tener hijos, lo que podría estar indicando que tener muchos hijos agrega un sentido de estrés adicional que puede afectar la salud de los jefes de núcleo.

### **Transmisión parental de desventajas sociales**

Los datos que permiten estimar las consecuencias de largo plazo de la estructura familiar tienen un nivel de desarrollo muy incipiente en el país, en especial por la ausencia de estudios específicamente dedicados a este problema y la falta de estimaciones dinámicas. Alguna información relevante puede obtenerse, sin embargo, desde los estudios a gran escala que se realizan para examinar el rendimiento escolar (SIMCE) y el uso/abuso de alcohol y drogas en población escolar (CONACE: 2001-2009). En el primer caso, se analizan los resultados del SIMCE de matemáticas y lenguaje aplicado en los cuartos y octavos básicos el año 2009, replicando el estudio realizado por Camhi y Arzola con datos de 2003 (Camhi & Arzola, 2007).

En el segundo caso, se han seleccionado dos factores de riesgo escolar que predicen dificultades de integración y bienestar, y que aumentan las probabilidades de permanecer o caer en una situación de pobreza. Estas conductas son: la propensión hacia la deserción escolar, estimada a través de indicadores de apego escolar, asistencia y rendimiento académico; y el uso problemático de alcohol/drogas, estimada a partir de declaraciones de abuso de alcohol, consumo frecuente de marihuana e iniciación en cocaína/pasta base. En el caso de deserción escolar se han tomado en cuenta factores que predicen muy directamente la probabilidad de abandonar la educación secundaria, mientras que en el uso de drogas se ha estimado directamente a través de declaraciones de auto reporte. La deserción escolar está íntimamente relacionada con dificultades de integración laboral y movilidad social, especialmente en un contexto de movilización educativa que ha generalizado el acceso a la enseñanza media. El abuso de drogas, por su parte, tiene consecuencias bien documentadas sobre los niveles futuros de bienestar y constituye una de las principales razones que inhabilitan a las personas para salir de la pobreza.

Ahora bien, ¿en qué medida la composición y la calidad de la vida familiar afectan el bienestar futuro y determinan trayectorias de pobreza en la nueva generación? Los resultados que se muestran más abajo indican que la estructura familiar tiene un impacto en dos áreas de desarrollo muy sensibles para el bienestar futuro: la probabilidad de alcanzar un umbral mínimo de educación y la probabilidad de evitar compromisos con conductas de riesgo.

La estructura familiar –aún después de controlar por la educación de los padres– tiene un efecto neto sobre el rendimiento escolar de los hijos, según lo indican los datos del SIMCE, tanto en lenguaje como en matemáticas. Desde luego, el nivel educacional de los padres tiene un peso especialmente contundente en el rendimiento escolar de los hijos: los alumnos con padres que han logrado solamente educación básica obtienen resultados muy inferiores (25 puntos menos en matemáticas y 20 menos en lenguaje) que aquellos que tienen padres con educación superior. Pero la estructura parental también cuenta en estos resultados (ver cuadro 5 y gráfico 1). No vivir con ambos padres se asocia con menor puntaje SIMCE, cualquiera sea la modalidad que asuma la inestabilidad parental. Vivir solamente con la madre genera las mayores desventajas, sin contar a los niños que no viven con ninguno de sus padres, una situación, sin embargo, muy poco frecuente. Por otra parte, vivir en una familia recompuesta (con sólo uno de los padres más otra nueva pareja de la madre o del padre) no logra equiparar el rendimiento de quienes viven con ambos padres. El impacto de la estructura parental es más importante en matemáticas que en lenguaje, y se producen casi con la misma intensidad en cuarto y octavo grado, lo que sugiere que el efecto de la inestabilidad parental perdura con igual fuerza en el paso de la infancia hacia la adolescencia.

El tamaño de la familia también impacta el logro académico, aunque de manera más moderada. Los datos muestran un descenso sistemático en los puntajes SIMCE de lenguaje y matemáticas a partir del tercer niño en el hogar (menores de 18 años), mientras que no existe diferencia significativa en los dos primeros (gráfico 2). Cuando se controla el efecto del tamaño de la familia por nivel educacional de los padres también se obtienen resultados estadísticamente significativos casi indistintamente para lenguaje y matemáticas, y entre cuarto y octavo grado, en concordancia con los datos de parentalidad, lo que sugiere asimismo que el colegio no logra corregir ninguna de estas desventajas familiares.

Cuadro 5 | **Modelos de regresión para determinantes familiares de rendimiento escolar (puntajes SIMCE Matemáticas y Lenguaje - Cuartos y Octavos Básicos 2009)**

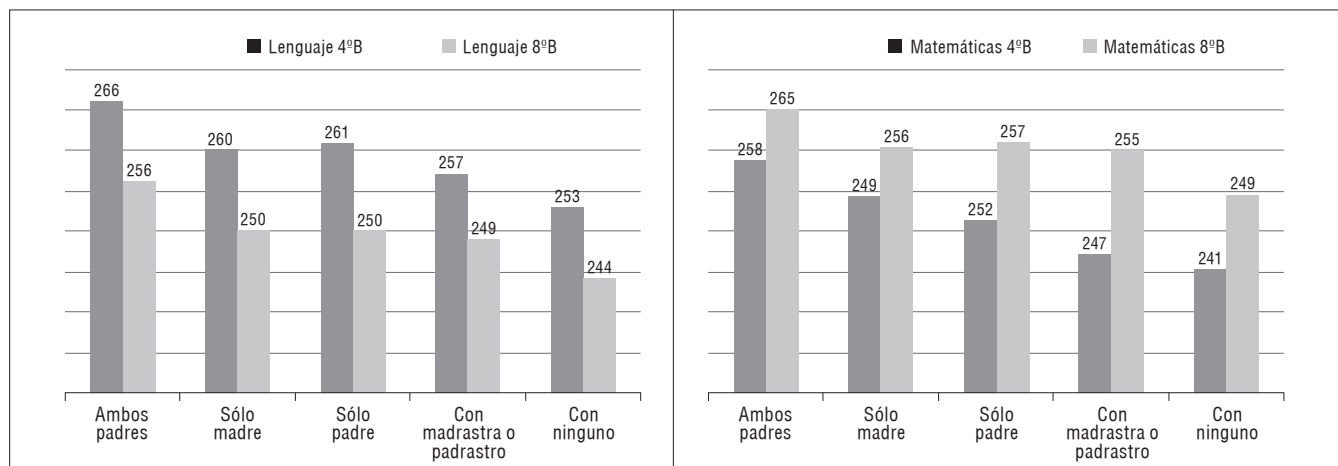
		MATEMÁTICAS				LENGUAJE			
		4° Básico		8° Básico		4° Básico		8° Básico	
		B	B est	B	B est	B	B est	B	B est
Vive con Ambos padres (Variable de referencia)									
Vive solo con la madre		-11,995	-,094	-12,162	-,100	-9,134	-,074	-9,104	-,076
Vive solo con el padre		-7,926	-,026	-9,708	-,036	-6,932	-,024	-7,655	-,029
Vive con padre o madre con una pareja que no es el padre o madre biológico del niño		-9,806	-,043	-8,472	-,044	-7,567	-,034	-5,807	-,031
Vive sin padre y sin madre		-19,862	-,082	-18,196	-,086	-16,028	-,069	-13,652	-,066
Número de menores en el hogar		-3,577	-,096	-3,051	-,078	-3,404	-,094	-3,137	-,082
Edad de la madre (o apoderado)		,457	,059	,469	,062	,398	,053	,443	,060
Nivel educación padres	Educación básica	-25,350	-,171	-26,649	-,199	-20,209	-,140	-21,983	-,167
	Educación media	-16,361	-,149	-17,166	-,166	-13,692	-,129	-14,125	-,139
Educación superior (variable de referencia)									
R2			,070		,079		,052		,058
R2 ajustado			,070		,079		,052		,058
N			170.927		167.311		170.232		167.777

Fuente: Elaboración propia a partir de resultados SIMCE y cuestionario a padres (2009).

\* Todos los coeficientes B son estadísticamente significativos al nivel  $p < 0,001$

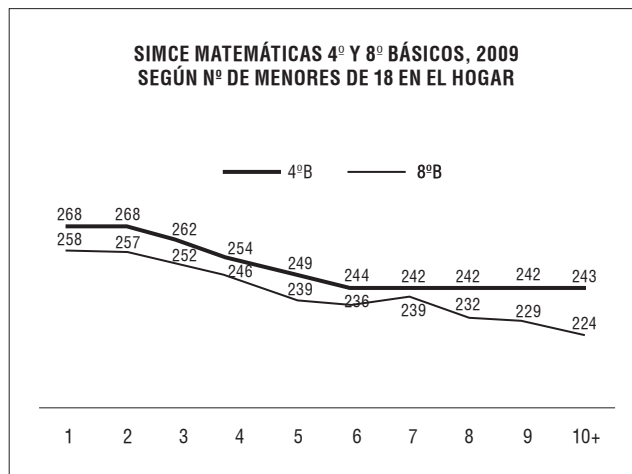
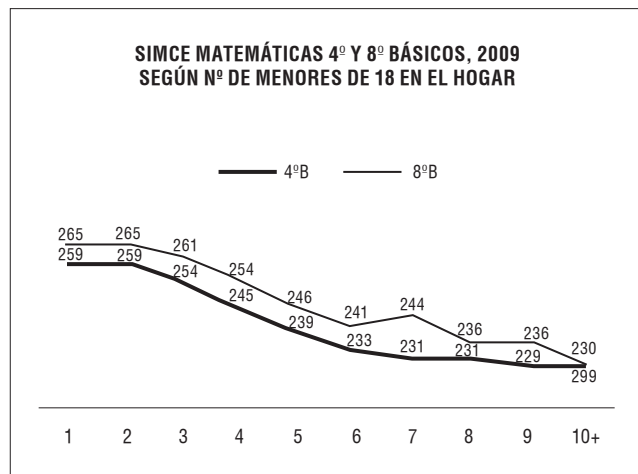
B est: Beta estandarizado.

Gráfico 1 | **Puntajes SIMCE en Lenguaje y Matemáticas - Cuartos y Octavos Básicos 2009, según con quiénes viven los alumnos**



Fuente: SIMCE, 2009.

Gráfico 2 | Puntajes SIMCE en Lenguaje y Matemáticas - Cuartos y Octavos Básicos 2009, según número de menores de 18 años en el hogar



Fuente: SIMCE, 2009.

En el cuadro 6 se muestran los resultados de modelos de regresión donde se contrastan las asociaciones entre variables de composición familiar e involucramiento parental sobre las *chances* de tener alto riesgo de deserción escolar, así como sobre el uso problemático de alcohol y drogas. La fuente de datos es la Encuesta Nacional de Drogas en Población Escolar desde octavo básico a cuarto medio (CONACE, 2001-2009).

En dicha muestra, la propensión hacia la deserción escolar aparece en el 5,6% de alumnos que viven con ambos padres y aumenta a 7,9% entre aquellos que viven solamente con uno (casi siempre la madre). Aunque la probabilidad de deserción es baja en la muestra, vivir con solo uno de los padres eleva dicha probabilidad en cerca del 30%<sup>7</sup>. Lo mismo ocurre en el caso del uso problemático de drogas: los escolares que viven con ambos padres tienen un registro de 15,5%, mientras que los que viven con solo uno de ellos alcanzan un 20,4%, lo que representa un incremento en el riesgo de casi 25%. Vivir con el padre –sea que el padre esté solo o con su pareja– eleva las probabilidades de deserción y uso de drogas, sin contar los casos excepcionales en que no se vive con ninguno de los padres, que constituye la situación de mayor riesgo social. Vivir solamente con la madre –que suele ser la situación más común cuando falta alguno de los padres en el hogar– aumen-

ta las probabilidades de riesgo en ambos casos, pero este incremento es bastante moderado en el caso del uso problemático de drogas. Algunos efectos característicos –documentados por McLanahan– como el impacto relativamente más fuerte del hogar uniparental sobre niños de mayor nivel socioeconómico que aquellos que tienen menor nivel socioeconómico (aunque la prevalencia de este tipo de hogares sea mayor en este último nivel) o consecuencias más negativas sobre hombres que mujeres, no se han encontrado en estos datos.

En los modelos de regresión que se presentan en el cuadro 6 se puede observar que el efecto de la estructura familiar se mantiene intacto cuando se controla los datos por edad y sexo (modelo 1). Vivir solamente con la madre hace aumentar en más de 40% la probabilidad de deserción escolar, y en algo más del 25% la probabilidad de comprometerse en uso problemático de alcohol o drogas. En los demás arreglos familiares –que incluye sobre todo vivir en familias recompuestas, pero también vivir solamente con el padre o con ninguno de los padres– la probabilidad de riesgo aumenta. Cuando se controlan los datos por nivel de escolaridad de los padres (modelo 2) –que constituye una variable próxima de ingresos y nivel socioeconómico–, el efecto de la estructura familiar permanece enteramente constante. Es importante notar que la probabilidad de deserción

7 Astone y McLanahan (1994) informan sobre efectos mucho mayores en riesgo de deserción escolar en el caso norteamericano: en los cinco estudios que cita la probabilidad de desertar aumenta casi siempre al doble entre niños que viven con un solo padre respecto de los que viven con ambos.

escolar se eleva dos veces cuando los padres tienen baja escolaridad, y también padres de baja escolaridad tras pasan mayor riesgo de abuso de alcohol y drogas a sus hijos. Muchos estudios han encontrado que la pérdida de ingresos de los hogares con un solo padre (por contraste con aquellos que tienen dos padres) explica la mayor parte de los efectos negativos que tienen estos hogares sobre el desarrollo de los niños y sus probabilidades futuras de bienestar. Sin embargo, en nuestros datos el efecto de la estructura familiar no aparece particularmente mediado por el nivel de ingresos, lo que sugiere que la desventaja que transmiten los hogares uniparentales no se produce principalmente por el menoscabo económico que usualmente produce la ausencia del padre.

El modelo 3 introduce una variable de calidad de la parentalidad –involucramiento parental– que al revés de los ingresos incide poderosamente sobre las conductas de riesgo escolar. El involucramiento de los padres es una medida del compromiso, atención y dedicación que los padres (o alguno de ellos) ofrece a sus hijos, tomando como referencia la percepción que los niños tienen respecto del comportamiento de sus padres hacia ellos. El involucramiento de los padres es un indicador de calidad de la parentalidad especialmente utilizado en la adolescencia (así como el apego es la principal medida de calidad parental en la infancia temprana). Padres involucrados son aquellos capaces de monitorear lo que hacen sus hijos fuera de la casa –incluyendo sus contactos domésticos con el mundo exterior que considera uso de Internet y de televisión, por ejemplo– y, por lo tanto de contrabalancear la influencia del medio externo, especialmente del grupo de pares, en el desarrollo de los niños. El impacto de padres involucrados sobre la integración escolar y el uso de drogas ha sido mostrado

muchas veces (Valenzuela, 2006). Los datos que se presentan en los modelos de regresión confirman ampliamente la importancia del involucramiento parental: padres poco involucrados con sus hijos pueden aumentar en tres veces la probabilidad de comprometerse en uso problemático de alcohol y drogas y casi en cuatro veces la probabilidad de deserción escolar. Todavía más importante es comprobar que el involucramiento parental modera el impacto de la estructura familiar sobre estas conductas, sin hacerlo desaparecer totalmente: el riesgo de vivir con un solo padre –y sobre todo de vivir en familias recompuestas– se reduce cuando se introduce como variable el involucramiento parental. A diferencia del ingreso, es posible que una parte muy considerable del impacto que producen los hogares uniparentales se deba a diferencias en las capacidades de involucramiento que tienen unos y otros: en el caso de hogares con madres solas –y sobre todo cuando los niños caen bajo la supervisión paterna– las oportunidades de involucramiento se reducen y la atención parental se resiente muchas veces en tiempo y calidad. Es muy frecuente encontrar madres que trabajan en hogares uniparentales y padres menos comprometidos con sus hijos cuando han recompuesto sus matrimonios, lo que afecta en muchas ocasiones la calidad de la relación parental.

En su conjunto, estos datos sugieren que la disrupción de la estructura familiar afecta severamente el nivel de ingreso y bienestar de las familias, y que estas desventajas se pueden volver permanentes a través de la transmisión de riesgo social sobre los niños que viven en estas familias. Con todo, es posible que las principales desventajas no se transmitan a través del ingreso, sino de las oportunidades de atención parental que se pierden en los contextos de fragilidad e inestabilidad familiar.



Cuadro 6 | **Modelos de regresión para determinantes familiares de conductas de riesgo**

		Probabilidad de uso problemático de alcohol/drogas			Probabilidad de tener alto riesgo de deserción escolar		
		Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3
Con quién vive	Ambos padres (variable de referencia)						
	Solo madre	1.276	1.301	1.232	1.435	1.463	1.378
	Otro	1.651	1.642	1.421	1.523	1.494	1.248
Edad		1.197	1.193	1.167	1.207	1.201	1.167
Sexo (mujer)		.610	.607	.661	.802	.801	.893
Nivel educacional de los padres	Educación básica		1.609	1.493		2.078	1.902
	Educación media		1,238	1.173		1.591	1.496
	Educación superior (variable de referencia)						
Involucramiento parental	Alto (variable de referencia)						
	Medio			2.182			2.237
	Bajo			3.238			3.979

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Drogas en Población Escolar, 8º Básico a IV Medio (CONACE, 2001-2009).

Propensión a la deserción escolar incluye las siguientes variables: va contento al colegio (poco o nada), auto reporte de promedio de notas con que termina el año escolar (menos de 5,0 en escala de 1 a 7) y asistencia escolar (ha faltado 20 o más días en el último año). Uso problemático de alcohol y drogas incluye los siguientes ítems: abuso de alcohol (reconoce que se ha emborrachado más de cuatro veces en el último año), uso frecuente de marihuana (10 o más veces en el último año) e iniciación en cocaína/pasta base (al menos una vez en el último año).

\* Todos los coeficientes B son estadísticamente significativos al nivel  $p < 0,001$

## Conclusiones

La conexión entre familia y bienestar está fuertemente vinculada con la formación de familias de doble ingreso que son capaces de sostener una relación de pareja estable y que tienen pocos hijos. Las estructuras familiares más vulnerables aparecen entre familias monoparentales con hijos, encabezadas principalmente por mujeres, y en familias numerosas (de tres o más hijos), cualquiera sea la situación de conyugalidad. Desde luego, la concurrencia de estos dos factores exacerba los riesgos de pobreza y desorganización familiar.

La importancia del trabajo femenino en la producción de bienestar social no es ninguna novedad: es el primer factor que protege de la pobreza en las familias biparentales. Las familias biparentales donde ambos cónyuges trabajan tienen claramente mayor bienestar económico que las familias con padre sostenedor y madre en la

casa. Sin embargo, no siempre se menciona con claridad que la mayor vulnerabilidad radica en los hogares donde la mujer trabaja pero no hay pareja, lo que muestra que la conyugalidad juega un rol estratégico en la elaboración de bienestar. El trabajo femenino dentro de los marcos de una relación de pareja estable (e incluso sancionada institucionalmente a través del matrimonio si se consideran las diferencias de ingreso que se producen entre parejas casadas y parejas que conviven) aparece como el arreglo más apropiado para producir bienestar económico familiar.

La conyugalidad tiene importantes proyecciones también en el bienestar futuro de las nuevas generaciones. La presencia de los padres en el hogar no sólo predice bienestar actual –en comparación con hogares donde hay maternidad soltera o divorcio– sino que tiene también consecuencias sobre el rendimiento educativo y la prevención de conductas de riesgo en la nueva genera-

ción, que son predictores significativos de bienestar futuro. Sin duda, la estructura de la parentalidad no es siempre el factor decisivo. En muchos casos, la calidad del involucramiento parental juega un rol tanto o más decisivo que la estructura misma, como está documentado para el caso de algunos comportamientos de riesgo. Sin embargo, los datos son muy pertinaces en mostrar que la cohabitación de los padres produce resultados siempre positivos, incluso cuando se toman en cuenta variables complementarias<sup>8</sup>.

Las políticas públicas que facilitan la inserción y sobre todo la permanencia de las mujeres en el mercado laboral debieran complementarse con políticas –igualmente importantes– que consideren la formación de parejas estables, que constituye una condición de éxito indispensable de la promoción social, especialmente de las familias más pobres. Las políticas que discriminan por estado civil pueden tener efectos perversos que deben tomarse seriamente en cuenta: las transferencias sociales hacia mujeres –y sobre todo madres solas que trabajan– están plenamente justificadas por su condición especial de vulnerabilidad, pero es posible que en algunos casos estas políticas desincentiven la formación (o institucionalización) de parejas estables. En este sentido, la política social debe asegurar seriamente de no estar desalentando la conyugalidad como un marco especialmente importante para producir bienestar social, o también de no estar discriminando en perjuicio de las parejas casadas.

Este estudio confirma asimismo que el tamaño de las familias importa. Por una parte, como ya es sabido, un mayor número de hijos impacta el bienestar económico de las familias, en especial a partir del segundo hijo. Sin embargo, tener hijos se relaciona positivamente con otros aspectos del bienestar familiar. Familias no numerosas tienen un impacto positivo sobre el bienestar físico; efectos que también se observan en indicadores de bienestar futuro como el rendimiento escolar, en especial antes de cruzar el umbral de los dos hijos.

Las familias numerosas están situadas en una posición especialmente vulnerable que habitualmente las políticas públicas no toman en cuenta. Debe distinguirse, sin embargo, entre políticas compensatorias destinadas a familias numerosas y políticas que incentivan el tercer hijo o más –que habitualmente se justifican en términos de

reducciones netas de población y de presión migratoria. Las políticas que alientan la fecundidad chocan contra las mermas objetivas que provoca el número en el bienestar familiar y por ello mismo requieren de muchos recursos para ser convincentes y lograr algún resultado. La familia numerosa debiera seguir siendo un objetivo de política pública en el combate contra la pobreza, porque las desventajas que se acumulan sobre ella son muy contundentes y difíciles de remontar.

## Referencias bibliográficas

- Agoff, C., Herrera, C. & Castro, R.**, 2007. The weakness of family ties and their perpetuating effects on gender violence: A qualitative study in Mexico. *Violence Against Women*, 13(11), 1206-1220.
- Amato, P. R. & Booth, A.**, 1997. *A generation at risk: growing up in an era of family upheaval*. Cambridge: Harvard University Press.
- Amato, P. R. & Maynard, R.**, 2007. Decreasing nonmarital births and strengthening marriage to reduce poverty. *The Future of Children*, 17(2), 117-141.
- Astone, N. M. & McLanahan, S.**, 1994. Family structure, residential mobility, and school dropout: A research note. *Demography*, 31(4), 575-584.
- Bengtson, V., Biblarz, T. & Roberts, R.**, 2002. *How families still matter: A longitudinal study of youth in two generations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bianchi, S. & Casper, L. M.**, 2000. American families. *Population Bulletin*, 55 (4).
- Blumstein, P. & Schwartz, P.**, 1983. *American couples: Money, work, sex*. New York: William Morrow & Co.
- Bost, K. K., Cox, M. J., Burchinal, M. R. & Payne, C.**, 2002. Structural and supportive changes in couples family and friendship networks. Across the transition to parenthood. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 517-531.
- Brown, S. & Booth, A.**, 2004. Family structure and child well-being: The significance of parental cohabitation. *Journal of Marriage and the Family*, 66, 351-367.
- Cabrera, N., Ramis-Le Monda, C., Bradley, R., Hofferth, S. & Lamb, M.**, 2000. Fatherhood in the twenty-first century. *Child Development*, 71(1), 127-136.
- Camhi, R. & Arzola, M. E.**, 2007. Familia y logros escolares. En Arzola, M. E. y otros. *Familia y felicidad. Un círculo virtuoso*. Santiago de Chile: Libertad y Desarrollo.

8 Aunque el efecto de autoselección no está bien controlado en la mayor parte de los estudios.

- Cancian, M. & Reed, D.**, 2009. Changes in family structure, childbearing and employment: Implications for the level and trend in poverty. En <http://www.irp.wisc.edu/publications/focus.htm>
- Carlson, M., McLanahan, S. & England, P.**, 2004. Union formation in fragile families. *Demography*, 41(2), 237-261.
- Castro-Martin, T., Martín-García, T. & González, D.**, 2008. Matrimonio versus unión consensual en Latinoamérica: Contrastes desde una perspectiva de género. *Presentado en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP), del 24 al 26 de septiembre de 2008, Córdoba, Argentina.*
- Castro, R., Campero, L. & Hernandez, B.**, 1997. La investigación sobre apoyo social en salud: situación actual y nuevos desafíos. *Revista de Saúde Pública*, 31(4), 425-435.
- Ciabattari, T.**, 2007. Single mothers, social capital, and work-family conflict. *Journal of Family Issues*, 28(1), 34-60.
- Crane, D. R., Heaton, T. B., Rector, R., Johnson, K. A. & Fagan, P.**, 2008. Increasing marriage would dramatically reduce child poverty. In *Handbook of Families and Poverty* (pp. 457-470): Sage Publications.
- Downey, D.**, 1995. When bigger is not better: Family size, parental resources and children's educational performance. *American Sociological Review*, 60, 746-761.
- Edgbeeen, D. J.**, 2005. Cohabitation and exchanges of support. *Social Forces*, 83(3), 1097-1110.
- Hanson, T. L., McLanahan, S. & Thomson, E.**, 1998. Windows on divorce: Before and after. *Social Science Research*, 27(3), 329-349.
- Hao, L.**, 1996. Family structure, private transfers and the economic wellbeing of families and children. *Social Forces*, 75(1), 269-292.
- Harknett, K. & Knab, J.**, 2007. More kin, Less support: Multi-partnered fertility and perceived support among mothers. *Journal of Marriage and the Family*, 69, 237-253.
- Hemström, Ö.**, 1996. Is marriage dissolution linked to differences in mortality risks for men and women? *Journal of Marriage and the Family*, 58(2), 366-378.
- Henly, J. R., Danzinger, S. K. & Offer, S.**, 2005. The contribution of social support to the material well-being of low income families. *Journal of Marriage and the Family*, 67, 122-140.
- Jackson, A. P.**, 1998. The role of social support in parenting for low-income single, black mothers. *Social Service Review* (September), 366-378.
- Joutsenniemi, K., Martelin, T., Martikainen, P., Pirkola, S. & Koskinen, S.**, 2006. Living arrangements and mental health in Finland. *Journal of Epidemiology and Community Health*, 60(6), 468-475.
- Lamb, M.**, 1999. Noncustodial fathers and their impact on the children of divorce. En Ross, A., Thompson, P. & Amato, R. (eds.), *The postdivorce family. Children parenting, and society*. California, London: Sage Publications.
- Lerner, R. L. & Galambos, N. L.**, 1998. Adolescent development: Challenges and opportunities for research, programs and policies. *Annual Review of Psychology*, 49, 413-446.
- Liaw, F.R. & Brooksgunn, J.**, 1994. Cumulative familial risks and low-birth-weight children's cognitive and behavioral development. *Journal of Clinical Child Psychology*, 23(4), 360-372.
- Lichter, D., Qian, Z. & Mellott, L.**, 2006. Marriage or dissolution? Union transitions among poor cohabiting women. *Demography*, 43(2), 223-240.
- Liefbroer, A. C. & Dourleijn, E.**, 2006. Unmarried cohabitation and union stability: testing the role of diffusion using data from 16 european countries. *Demography*, 43(2), 203-221.
- Lillard, L. A., & Waite, L. J.**, 1995. Till death do us part: marital disruption and mortality. *American Journal of Sociology*, 100(5), 1131-1156.
- Manning, W.**, 2002. The implications of cohabitation for children's wellbeing. En Booth, A. et al. (eds.) *Just living together: Implications of cohabitation for children*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associated, Inc.
- Manning, W. & Brown, S.**, 2006. Children's economic wellbeing in married and cohabiting parent families. *Journal of Marriage and Family*, 68(2), 345-362.
- McLanahan, S.**, 2004. Diverging destinies: How children are faring under the second demographic transition. *Demography*, 41(4), 607-627.
- McLanahan, S. & Percheski, C.**, 2008. Family structure and the reproduction of inequalities. *Annual Review of Sociology*, 34, 257-276.
- McLeod, J. D. & Kaiser, K.**, 2004. Childhood emotional and behavioral problems and educational attainment. *American Sociological Review*, 69(5), 636-658.
- Moffitt, R. A., Reville, R. & Winkler, A. E.**, 1998. Beyond single mothers: cohabitation and marriage in the AFDC Program. *Demography*, 35(3), 259-278.
- Murray, C. A.**, 1984. *Losing ground: American social policy, 1950-1980*. New York: New York, Basic Books.
- Nock, S. L.**, 1995. A comparison of marriages and cohabiting relationships. *Journal of Family Issues*, 16(1), 53-76.

- Novak, M.**, 1987. *The new consensus on family and welfare*. Washington D.C.: American Enterprise Institute for Public Policy Research.
- O'Driscoll, M., Brough, P. & Brough, T.**, 2006. Work-family conflict and facilitation. En Jones *et al.* (Eds.) *Work-life balance: A psychological perspective* (pp. 117-142). Hove and New York: Psychology Press.
- Orbetta, A.**, 2006. The more the poorer: *Why large family size cause poverty* (No. 6): Philippine Institute for Development Studies.
- Osborne, C.**, 2005. Marriage following the birth of a child among cohabiting and visiting parents. *Journal of Marriage and the Family*, 67(1), 14-26.
- Qian, Z., Lichter, D. T. & Mellott, L. M.**, 2005. Out-of wedlock childbearing, marital prospects and mate selection. *Social Forces*, 84(1), 474-491.
- Rasmussen, C. & Brown, M.**, 2002. Radical democratic citizenship: amidst political theory and geography. En Isin, E.F. & Turner, B.S. (Eds.) *Handbook of citizenship studies* (pp. 175-188). London - Thousand Oaks - New Delhi: Sage publications.
- Rindfuss, R. R. & VandenHeuvel, A.**, 1990. Cohabitation: A precursor to marriage or an alternative to being single? *Population and Development Review*, 16(4), 703-726.
- Rogers, R. G.**, 1995. Marriage, sex and mortality. *Journal of Marriage and Family*, 57(2), 515-526.
- Sigle-Rushton, W. & McLanahan, S.**, 2002. The living arrangements of new unmarried. *Demography*, 39(3), 415-433.
- Skinner, K., Bahr, S. J., Crane, D. R., & Call, V. R. A.**, 2002. Cohabitation, marriage, and remarriage. A comparison of relationship quality over time. *Journal of Family Issues*, 23(1), 74-90.
- Smock, P. J. & Gupta, S.**, 2002. Cohabitation in contemporary North America. In Booth, A., Crouter, A. C. & Landale, N. S. (Eds.), *Just living together: Implications of cohabitation for children, families and social policies*. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associates Inc.
- Surkyn, J. & Lesthaeghe, R.**, 2004. Value orientations and the second demographic transition (SDT) in Northern, Western and Southern Europe: An update. *Demographic Research, Special Collection 3* (April), Article 3.
- Thompson, R. A. & Amato, P. R.**, 1999. *The postdivorce family. Children, parenting and society*. New York: Sage Publications.
- Valenzuela, E.**, 2006. Padres involucrados y uso de drogas: Un análisis empírico. *Estudios Públicos* 101 (verano), 147-164.
- Willems, M. C.**, 2006. Union quality comparisons between long-term heterosexual cohabitation and legal marriage. *Journal of Family Issues*, 27(1), 110-127.
- Williams, K.**, 2003. Has the future of marriage arrived? A contemporary examination of gender, marriage and psychological well-being. *Journal of Health and Social Behavior*, 44(4), 470-487.
- Williams, K. & Dunne-Bryant, A.**, 2006. Divorce and adult psychological wellbeing: Clarifying the role of gender and child age. *Journal of Marriage and the Family*, 68(5), 1178-1196.
- Williams, K., Sassler, S. S. & Nicholson, L. M.**, 2008. For better or for worse? The consequences of marriage and cohabitation for single mothers. *Social Forces*, 86(4), 1481-1511.
- Yeung, A. B.**, 2004. An intricate triangle- Religiosity, volunteering, and social capital: The European perspective, the case of Finland. *Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly*, 33(3), 401-422.



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA  
DE CHILE

[www.uc.cl/politicaspUBLICAS](http://www.uc.cl/politicaspUBLICAS)

[politicaspUBLICAS@uc.cl](mailto:politicaspUBLICAS@uc.cl)



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA  
DE CHILE

**SEDE CASA CENTRAL**

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 324, piso 3, Santiago.  
Teléfono (56-2) 354 6637.

**SEDE LO CONTADOR**

El Comendador 1916, Providencia.  
Teléfono (56-2) 354 5658.

**CENTRO DE POLÍTICAS PÚBLICAS UC**

- Vicerrectoría de Comunicaciones y Educación Continua • Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos
- Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas • Facultad de Ciencias Sociales • Facultad de Derecho
- Facultad de Educación • Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política • Facultad de Ingeniería • Facultad de Medicina